

MARÍA ROSA MOLAS, FUNDADORA Y SANTA

Cuando María Rosa Molas da el paso de *la fundación del Instituto* es una mujer madura. Tiene en su haber, además de una sólida formación cristiana, religiosa y cultural, una fuerte vivencia de Dios. Cuenta, también, con un conocimiento de la situación histórica por la que atraviesa nuestro conflictivo y revolucionario siglo XIX.

Antes del paso fundacional hay un periodo de gestación que va de 1852 a 1857. María Rosa tiene que tomar decisiones importantes. Intenta primero normalizar la situación anómala del grupo religioso al que pertenecen ella y sus hermanas de Reus y Tortosa: la Corporación de Caridad de Reus. Fracasado el intento, inicia las gestiones para la fundación del Instituto.

Después de consultas y pasos en búsqueda, en discernimiento y en oración, ella será lo que Dios quiere que sea: **Fundadora**. Largo y doloroso camino hacia esta nueva misión. Pero la guía una indeclinable confianza en Dios y un gran amor a la Iglesia. Su decisión es libre, personal y comunitaria. Su misión le cambia la vida: será Madre, con la potencialidad generativa que Dios le regala, para ensanchar los márgenes de su maternidad espiritual. Mujer de fe, acoge la voluntad de Dios y en el seno de la Madre Iglesia nace una nueva familia religiosa: *las Hermanas de Ntra. Sra. de la Consolación*.

Marzo de 1857. María Rosa redacta una solicitud pidiendo ser admitidas «*bajo la obediencia y dirección de la autoridad eclesiástica diocesana*». Va firmada por las doce hermanas de las tres comunidades tortosinas. Lleva fecha del *14 de marzo de 1857* y va dirigida al Vicario Capitular y Gobernador eclesiástico de la Diócesis de Tortosa, sede vacante. *El primer paso para la fundación del Instituto está dado*. Un pensamiento está fijo en ella: *seguir fiel a los deseos de la Iglesia*. Después dirigirá un comunicado al Ayuntamiento de Tortosa, con fecha del 24 de marzo de 1857.

Llegará la respuesta del Vicario Capitular, con el: «*Más conforme al espíritu de la Iglesia*», el paso dado. Y el 14 de noviembre de 1858, el nombre de *Hermanas de Ntra. Sra. de la Consolación*: «*Nombre que expresa nuestro carisma y sintetiza nuestra misión*».

Abrió María Rosa sus primeras fundaciones en el costado oriental de la geografía española, en la diócesis de Tortosa, que entonces comprendía la Plana de Castellón y el Campo de Tarragona. Era la respuesta a un siglo XIX español, en fase de cambio y a sus necesidades más apremiantes: hospitales, casas de beneficencia y escuelas. La Congregación se extenderá después por quince países de cuatro continentes.

María Rosa Molas —a quien en vida la llamaron «santa» y sus hijas, «espejo de la Congregación»— de ella dijo la Iglesia: «*Declaramos y proclamamos Santa a la Beata María Rosa Molas y Vallvé*». **Santa**, palabra que da sello de validez a su modo de vivir el evangelio y de amar a Dios y a los hermanos.

Es la mujer sencilla, enamorada de Dios y del hombre, que bajo la obra vivificante del Espíritu fue asimilando el ideal evangélico de vida, que intuyó en los lejanos días de su adolescencia y que, día a día, se le fue descubriendo en más luz, más entrega, mayor exigencia de configuración con Jesucristo. Leal al proyecto de Dios, asimila en el silencio de la oración, en el trabajo y en la caridad de sus gestos diarios, el espíritu de Jesús que encontramos en las páginas del evangelio. Se va enriqueciendo con el paso de su presencia y da a su existencia una respuesta en la fe, la esperanza y la caridad. Subrayamos lo que María Rosa subrayó con la vida: su caridad misericordiosa, su humildad y sencillez, su estilo de vida fraterna, su unión con Dios y su compromiso con los hombres.

Necesitamos asomarnos a la profundidad de sus silencios, a la dimensión teologal de su amor a Dios y a los hombres. Conectar con lo más personal de María Rosa, porque es posible encontrarnos con ella y mirarnos en su espíritu como lo hicieron las hermanas y las personas que compartieron con ella jirones de su vida.

Su vida hoy, es una voz profética, sencilla y transparente, dirigida a nuestro mundo globalizado, a la secularización de nuestra hora, a la increencia, al escepticismo o al individualismo egoísta, que se pasea por las calles de nuestros pueblos y ciudades. Voz firme, llena de humanismo y santidad, que anuncia que es posible el vislumbre de otra aurora. María Rosa, desde la cátedra de la vida nos da la gran lección hecha consolación. Vida que, como dijo Juan Pablo II: «*trascendida haciendo el bien, se traduce para el hombre de su tiempo. y para el hombre de nuestra generación, en un mensaje de consolación y de esperanza*».

Texto: María Esperanza Casaus